

# APUNTES NECROLÓGICOS



D. JUAN JOSÉ ORMAZABAL Y ARGAYA

Víctima de rápida dolencia, y tras una vida llena de merecimientos, entregó su alma á Dios el día 9 del corriente, á los 73 años de edad, después de haber recibido, con edificante fervor, los Santos Sacramentos y la Bendición de Su Santidad.

Era querido de todos, por su carácter y por sus virtudes; de gran cultura, velada por singular modestia; sencillo, ocurrente, jovial, sévero consigo mismo, indulgente con los demás, incapaz de ofender á nadie en lo más mínimo y dispuesto siempre á enjugar lágrimas con una mano sin que la otra lo viera.

De laboriosidad incansable, jamás estuvo ocioso, y se dedicó preferentemente durante un período de más de cuarenta años á la enseñanza de la carrera mercantil y de lenguas, siendo catedrático de éstas en el antiguo Instituto libre municipal y en la que fué Escuela de Náutica y Comercio. Sus discípulos, pertenecientes á todas las clases sociales de ésta población, se contaron por miles, y poseyó el secreto de hacerse amar de ellos, sin excepción.

Hicieron sus delicias el ejercicio de la caridad y el cultivo del divino arte de la música.

Fué uno de los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paul en esta ciudad, y sólo diré que, con perseverancia ejemplar, ha pasado por el mundo haciendo el bien. Cosas hay en la vida que merecen guardarse en lo íntimo de nuestro ser, pues el publicarlas equivaldría á disipar los aromas del alma. Dios nos ve y habrá premiado ya los exquisitos rasgos de bondad que adornaban al finado.

Inteligente músico, prestó su valioso concurso á la capilla de la parroquia de Santa María y reunía semanalmente en su casa profesores y aficionados. En sus conciertos se rendía á los clásicos casi exclusivo culto, por lo cual le manifesté en cierta ocasión, que no podía comprender cómo un buen *zortziko* no le decía más que todo lo mejor, siendo como era, sin alarde alguno, euskalduna hasta la médula. Su contestación fué una cariñosa carcajada que aún me parece oír.

Yo escuchaba siempre con la mayor atención sus consejos que, con naturalidad encantadora, se deslizaban en el curso de su amenísima conversación.

Recientemente me decía en estos ó parecidos términos:

—.....Todo cuanto el hombre pueda escribir y cuanto los demás se ocupen en su elogio, es al fin humo que el viento desvanece, nada, si en aquel libro que llevan los ángeles en el Cielo no se registra algo en su favor.

En cambio, ¡cuántos pasarán por el mundo inadvertidos y quizá despreciados, pero tendrán allí, en el libro de la vida eterna, muy buenas notas!

Para ser justo, que es lo que importa, no se necesita ser sabio ni descollar sobre los demás.—

Ha muerto como vivió, santamente, y conforme á los versos gloriosos por Santa Teresa de Jesús que dicen:

Ven muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva á dar la vida.

Sus funerales y la conducción del cadáver al cementerio dieron lugar á una manifestación hermosísima del aprecio en que le tenía todo el pueblo de San Sebastián.

Su memoria deja gratisimos recuerdos y enseñanzas que exhalan el más dulce atractivo.

Descanse en paz el padre de los pobres, cuyas oraciones le acompañan en precioso coro.

Reciba su respetable familia la expresión de mi sentimiento.

ANTONIO ARZÁC.

